



IRIS

Y LAS SEMILLAS
MÁGICAS

Cuando rompes las reglas ocurren cosas maravillosas.

NICOLA SKINNER

harperkids



IRIS

Y LAS SEMILLAS
MÁGICAS







IRIS

Y LAS SEMILLAS
MÁGICAS

NICOLA SKINNER

harperkids

Título original: *Bloom*

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A., 2019

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

www.harpercollinsiberica.com

© del texto: Nicola Skinner, 2019

© de la traducción: Sonia Fernández-Ordás, 2019

© Publicado por primera vez por HarperCollins Publishers

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

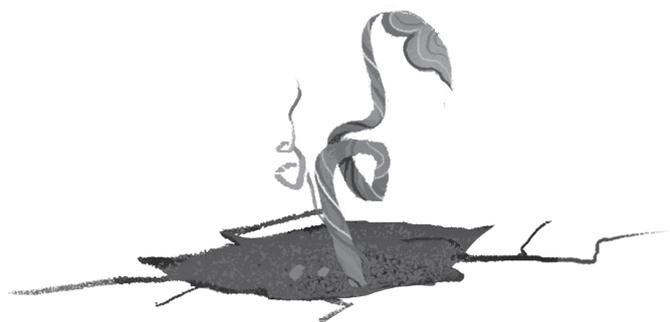
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Adaptación de cubierta: equipo HarperCollins Ibérica

ISBN: 978-84-18279-67-5

*Para Ben, que hizo esto posible,
y para Polly, que lo empezó todo*





NO ES NORMAL abrir un libro nuevo y que te adviertan de que es arriesgado. Pero si queréis saber la verdad, y nada más que la verdad, debo deciros que este libro encierra un peligro entre sus páginas.

Bueno, técnicamente hablando, podría encerrar un peligro entre sus páginas. Nadie ha logrado demostrar nada. Pero de todos modos, el peligro está ahí. Lo que significa que debéis leer esta advertencia con atención antes de pasar al capítulo 1.

Nadie está a salvo. Niñas. Niños. Madres. Padres. Hermanas. Hermanos. Tías. Tíos. Ni siquiera esos familiares lejanos que no sois capaces de recordar qué parentesco os une y a los que solo veis una vez al año. No, ni siquiera ellos.

Ahora estáis todos en la línea de fuego del destino.

Eso es porque, por desgracia, el mero hecho de tener este libro en las manos y tocar el papel os ha dejado (a vosotros y a todos vuestros conocidos) potencialmente expuestos a una sustancia que es, según los científicos, «altamente volátil, médicamente incontrolada e imposible de curar».

O, como me dijo en una ocasión un perplejo enfermero: «Nunca hemos visto nada igual, cielo».

Así que estad preparados.

A lo largo de los próximos días quizá experimentéis sensaciones extrañas. Quizá os preparéis un baño antes de iros a la cama, pero para bebérsolo, no para bañaros.

Quizá experimentéis dolores desconocidos en sitios extraños.

Y finalmente —no hay por qué alarmarse, en serio—, quizá os crezca... algo en el cuerpo.

¡Pero esperad! ¡No tiréis el libro horrorizados! ¡Volved! Las posibilidades de que os ocurra son muy bajas. Más o menos, una entre un millón, o un billón (o una entre cien; no se me dan demasiado bien los decimales). En serio, es muy poco probable que os ocurra algo, y, aunque así fuera, no hay ninguna necesidad de ir corriendo al baño a lavaros las manos.

Porque no es por vuestras manos por lo que debéis preocuparos.

Pero escuchad: intentad no preocuparos. Incluso en el caso de que estéis infectados, al menos no seréis los únicos. A nosotros también nos pasó. Aquí somos todos un poco raritos.

O, como diría mamá muy diplomáticamente: «Qué mayores nos hacemos, ¿verdad, Iris?».

Y sí, así es como me llamo. A mamá le fascinan las flores, las plantas y hierbas medicinales. Podría ser peor, supongo. También le encanta el perejil.

CAPÍTULO 1



CUANDO LA PRENSA y los periodistas se enteraron de mi historia, escribieron un montón de mentiras. Las más gordas fueron:

1. *Procedía de un hogar desestructurado.*
2. *Mamá era una madre soltera horrible.*
3. *Con unos orígenes como los míos, no era de extrañar que hiciera lo que hice.*

Ninguna era cierta... Bueno, excepto que mamá sí es madre soltera. Pero ella no tiene la culpa de que mi padre nos abandonara cuando yo era un bebé. De todos modos, se me quedó grabada otra cosa: sí procedía de un hogar desestructurado.

Oh, no del tipo al que se refieren en términos como «Llevaba unos pantalones harapientos y me lavaba los dientes con azúcar». Pero nuestra casa sí parecía vieja y destartalada; siempre había algo estropeado.

Si alguna vez os hubierais pasado por allí, también os lo habría parecido. El tictac del reloj de la entrada os habría perseguido por toda la casa como si fuera chasqueando la lengua porque le desagradarais. El grifo de la cocina gotearía sin parar, como si llorara por algo. Si os hubierais sentado a ver la televisión, se habría ido el sonido a mitad del programa, como si se hubiera enfurruñado y no quisiera hablar a nadie nunca más. Jamás.

Había un reborde de moho alrededor de la bañera; las cortinas se descolgaban de los ganchos continuamente como en una desesperada misión de huida, y cada vez que utilizábamos la cisterna, las tuberías gruñían y rezongaban contra lo que las habíamos hecho tragar. Ah, sí, si visitarais nuestra casa, estaríais deseando marcharos de allí en cuestión de segundos. Os inventaríais alguna excusa inverosímil, como «¡Oh, acabo de acordarme..., le prometí a mamá que hoy iba a aspirar el tejado! ¡Tengo que irme!», y saldríais de allí a toda prisa.

Aparte de mi mejor amiga Neena, no mucha gente pasaba demasiado tiempo en nuestra casa.

Adivinad cómo se llamaba.

Villa Alegre.

Lo sé, ¿vale?

Pero a decir verdad. No me extrañaba que la gente quisiera salir corriendo de allí. Y no eran solo la humedad, el grifo y las tuberías protestonas. Era mucho

más que todo eso. Era la sensación que producía la casa. Y estaba en todas partes.

Una melancolía tristonra. Una seriedad gruñona. Una grisura oscura. Villa Alegre siempre parecía molesta y disgustada por algo, y apenas había nada que no resultase afectado por ese estado de ánimo. Lo invadía todo: desde el ajado sofá del salón hasta el mustio helecho de plástico de la entrada, que siempre parecía a punto de morir de sed ¡aunque no fuera una planta de verdad!

Y –lo peor de todo– a veces esa tristeza también empapaba a mamá. Oh, ella nunca lo expresaba, pero yo me daba cuenta. Estaba en ella cuando se sentaba a la mesa de la cocina con la mirada perdida. Estaba en ella cuando bajaba la escalera cada mañana arrastrando los pies. La miraba. Me miraba. Y en los inquietantes y escasos segundos que pasaban hasta que por fin sonreía, yo pensaba: «Está extendiéndose».

Pero ¿qué podía hacer yo para arreglar las cosas? Yo no era fontanera. Era la más bajita de toda la clase, así que no llegaba a los rieles de las cortinas. Y en lo relativo al televisor, el único método que conocía era el tradicional: «Dale un porrazo y reza».

En vez de todo eso, tenía una solución diferente. Consistía en seguir esta sencilla regla: «Portarme bien en el colegio y portarme bien en casa, además de hacer lo que me mandaban en los dos sitios».

Así que eso era lo que hacía.

Se me daba bien portarme bien.

Me portaba tan bien que mamá siempre se quedaba sin cajas de zapatos para guardar mis diplomas al Alumno más Sensato y al Campeón de las Normas.

Me portaba tan bien que los profesores en prácticas recurrían a mí para resolver cualquier duda sobre las reglas del Colegio Grittysnit. Como:

¿Se permite a los alumnos correr en el patio?

(Respuesta: Nunca. Solo se permite un trotecillo suave si están en peligro; por ejemplo, si los persigue un oso, y, aun así, deben contar con un permiso por escrito extendido con veintiocho días de antelación.)

¿Está permitido sonreír al señor Grittysnit, nuestro director?

(Respuesta: Nunca. Prefiere una mirada fugaz y una inclinación de cabeza como muestra de respeto.)

¿Siempre ha sido tan estricto y ha dado tantísimo miedo?

(Respuesta: Técnicamente, no es una pregunta sobre las reglas del colegio, pero ya que es usted nuevo, lo dejaré pasar por esta vez. Y sí.)

Me portaba tan bien que fui Estudiante del Año por segundo curso consecutivo.

Me portaba tan bien que mi sobrenombre en el colegio era Iris la Buena Chica. Bueno, había sido Iris la Buena Chica hasta a principios de cuarto, cuando Chrissie Valentini lo cambió ligeramente para convertirlo en Iris la Pelotillera. Pero no se lo dije a los profesores.

Así de bien me portaba.

Y cada vez que volvía a casa con nuevas muestras de mi buen comportamiento, mamá sonreía y me llamaba Iris la Buena Chica. Entonces aquel sentimiento de pena la abandonaba y se retiraba a los rincones de la casa.

Durante un rato.

CAPÍTULO 2

PERO EL PRIMER día de clase de quinto de primaria hubo otra cosa que se rompió en mil pedazos. Una cosa que yo apreciaba mucho: mi vida.

Y todo por culpa del patio trasero.

Acababa de regresar del colegio. Mamá seguía trabajando, la muy suertuda, en el Mejor Trabajo del Mundo, y aún tardaría tres horas y media en llegar. Así que decidí relajarme limpiando la cocina, sacando brillo a los zapatos del colegio y haciendo los deberes, porque así era como yo funcionaba.

Debo decir que a mamá no le hacía mucha gracia que me quedara sola en casa, pero trabajaba todos los días a jornada completa y no volvía hasta las seis menos cuarto de la tarde. Solo podíamos permitirnos tres días de actividades extraescolares: miércoles, jueves y viernes. Los martes iba a casa de Neena al salir de clase (quien, durante un rato y dependiendo del programa de noticias que hubiera visto en televisión, era mi mejor

amiga inocentona, mi compinche malvada, mi mejor amiga malvada o mi compinche inocentona).

En fin, el caso es que las tardes del lunes las pasaba sola en casa. Las mañanas de los lunes, mamá me decía:

–No quemes la casa y asegúrate de que haces los deberes.

Como si necesitara que me lo recordaran. ¿Quién sabía exactamente lo que Iris estaría haciendo en un momento determinado? ¿Quién había hecho el Extraordinario Horario de Iris?

Servidora; o sea, yo. Mi Extraordinario Horario jugaba un importante papel en mi buen comportamiento. Es muuuucho más fácil cumplir las reglas cuando tienes un horario con casillas organizadas con todas las tareas esperando que las marcaras como cumplidas.

Así que allí estaba yo aquella tarde de lunes. Limpiando la mesa de pegotes viscosos de mermelada. Vaciando el lavavajillas. Abriendo la puerta trasera para ventilar la cocina, que siempre olía a humedad.

Cuando terminé, ya eran las cuatro menos cinco. Solo disponía de unos escasos y preciados momentos de tiempo libre y sabía exactamente cómo pasarlos.

Abrí mi mochila y saqué la carta que nos habían repartido al terminar las clases aquel mismo día. Y esta vez no la leí por encima rodeada de compañeros ruidosos. Devoré cada una de sus palabras.

Decía así:

¿Siempre llevas los botones
de la americana relucientes?
¿Llevas a casa con regularidad informes
de Comportamiento Perfecto?
¿Podrías ser TÚ el ganador del concurso
del colegio para encontrar la
Estrella Grittysnit del Año?
Solo hay un modo de averiguarlo.

Inscríbete en el concurso
ESTRELLA GRITTYSNIT y ten la
oportunidad de coronarte LA ESTRELLA
GRITTYSNIT MÁS RUTILANTE
DE TODO EL COLEGIO Y Todocemento
a finales del primer trimestre.

Además ganarás otro premio: siete días de vacaciones
para disfrutar en familia en el Complejo Vacacional
PLAYA BRILLANTE en Portugal (cortesía de la agencia de
viajes ¡NOS VAMOS!).

¡Unas vacaciones al sol en familia! Nunca había ido al
extranjero, y mucho menos en avión. Mamá siempre
decía que nuestro presupuesto era demasiado justo
para poder permitirnoslo. Como si el presupuesto
fuese un jersey incómodo.

En la carta, alguien –probablemente la señora Pinch, la secretaria del colegio– había dibujado cuatro cerillas tomando el sol en la playa. Estaban comiendo helados de cucurucho y sonreían.

Parecían muy felices.

Seguí leyendo:

La ESTRELLA GRITTYSNIT deberá poseer ese algo especial que la convierta en el ideal de alumno Grittysnit.

Contuve la respiración. ¿Qué?

Cada alumno será evaluado según su capacidad para cumplir las normas del colegio cada segundo del día.

Contuve un grito de júbilo. ¡Esa era yo!

Hice un rápido cálculo mental. Había sesenta niños en cada curso. Debía de competir contra otros 359 concursantes. ¿Competir? Tenía en mi haber seis años enteros de práctica obedeciendo las normas del colegio. Llevaba todas las de ganar. La mayoría de los alumnos de infantil y de los primeros cursos de primaria apenas eran capaces de atarse los cordones de los zapatos, por no hablar de controlar el pis o, ya que estamos, las filas.

Ganar aquellas vacaciones sería como quitarle un caramelo a un niño pequeño. Casi llegué a sentirme mal cuando empecé a reducir el número de rivales. «Así es la vida, chicos».

Lo más importante es recordar que
la Estrella Grittysnit deberá ser
la personificación del lema
de nuestro colegio.

BLINKIMUS BLONKIMUS FUDGEYMUS LATINMUS.

O, en español...

Ni siquiera me hizo falta leer la traducción. La sabía perfectamente. Al levantar la vista un instante, vi mi imagen reflejada en la ventana de la cocina. De pie y muy seria, tenía ante mí a una chica bajita, regordeta, pálida y pecosa, con el pelo (del color del queso cheddar desteñido) recogido de cualquier manera en una coleta. Me devolvió la mirada con seguridad, como diciendo: «¿El lema del colegio? Pínchame y verás cómo rezumo lema del colegio».

Recitamos las dos al unísono:

—Que la obediencia os forme. Que la conformidad os moldee. Que las normas os pulan.

El grifo de la cocina goteaba melancólico.

Seguí leyendo:

El afortunado ganador también disfrutará de otros privilegios especiales. Entre otros:

1. Ocupar su propia silla junto a la directiva durante las asambleas.
2. No tener que hacer cola en el comedor.
3. Una gran escarapela (del color gris reglamentario) en la que ponga:



¿Qué, aún queréis más? Ese es el problema de los niños de hoy en día; solo queréis recibir, recibir y recibir.

Que gane el mejor.

Y ahora, a hacer los deberes.

Vuestro director,

El señor Grittysnit

Aparté la vista de la carta e inspiré una bocanada de aire profunda y entrecortada. Sinceramente, la excitación en aquella cocina era mayúscula. Era mi destino. La niña de la ventana y yo nos miramos con solemnidad, como unidas por un pacto silencioso.

Sujetando la carta con tanto cuidado como si fuera de cristal, me acerqué a la nevera. Quería pegarla en la puerta con un imán para poder verla todos los días. Pero no iba a ser fácil buscarle un hueco. La nevera ya estaba forrada de facturas amarillentas, recetas viejas que mamá había recortado de revistas...

Y, por supuesto, aquella foto de nosotras dos en nuestras últimas vacaciones que nos habíamos hecho solo dos semanas antes. Estábamos en una playa pequeña y pedregosa, acurrucadas en una manta, bajo un cielo tan oscuro como las bolsas que tenía mamá en la parte inferior de los ojos.

Me quedé mirando la foto, recordando. Recordando cómo la caravana olía a la vida de otra gente en la que habíamos entrado por equivocación. Cómo mamá se había pasado la semana entera pidiéndome que no rompiera nada. Cómo había llovido durante seis días seguidos y luego, cuando subíamos al autobús para volver a Todocemento, había salido el sol.

Lo que, de alguna manera, lo había empeorado todo aún más.

Mamá se había pasado todo el viaje de vuelta –cinco horas– con la frente pegada a la ventanilla, mirando el

cielo azul como si fuera la tarta de cumpleaños de otra persona y supiera que no iba a poder probarla.

Junto a la foto estaba el calendario del año siguiente. Vi que mamá ya había marcado las vacaciones de verano. CARAVANA, había escrito, con gruesas letras rojas. Sin signos de exclamación. Sin caritas sonrientes. Solo las letras color rojo oscuro, como si las hubiera arrancado de una herida del alma que jamás se cerraría.

En serio, parecían más una amenaza que una promesa de vacaciones.

Pero si ganaba el concurso de la Estrella Grittysnit, podríamos disfrutar de unas auténticas vacaciones en familia en un lugar soleado. En otro lugar. Mi deseo se convirtió en determinación. Lo único que tenía que hacer era ser perfecta durante las siguientes ocho semanas.

Estaba chupado.

Acababa de pegar la carta del señor Grittysnit sobre la foto, y sentía un inmenso alivio al ver desaparecer el gesto de preocupación de mamá, cuando...

¡BLAM! La puerta trasera se abrió de golpe.

Casi se me sale el corazón del susto. «¿Quién anda ahí?».

Pero no había nadie. Solo una ráfaga de viento y una puerta medio desprendida de los goznes. Seguramente no la había cerrado bien después de ventilar la cocina.

El viento se coló en la casa y pareció llenar la cocina con su furia. Me sentí como en una habitación llena de cólera invisible. Con las piernas temblándome como espaguetis recién cocidos, me acerqué a la puerta a trompicones, la cerré y obligué al viento a quedarse fuera.

Algo blanco aleteó sobre mi hombro.

Chillé y me agaché para esquivarlo.

«¿Se ha quedado una paloma atrapada en la cocina?».

Miré con más atención. No era una paloma blanca, todo patas y plumas. ¡Era la carta del señor Grittysnit! El viento la había arrancado de la puerta de la nevera y volaba como una loca por la cocina. Cuando salté para atraparla, se escabulló como si unas manos invisibles me la arrebataran. Solo pude captar una visión fugaz de las figuras hechas de cerillas planeando en el aire, con sus sonrisas convertidas en muecas congeladas, antes de seguir revoloteando y aleteando...

Para salir huyendo hacia el patio trasero.

CAPÍTULO 3

QUERÍA ESA CARTA. Me serviría de acicate, como promesa de mejores tiempos. Respiré hondo y salí tras ella.

Pasé la vista rápidamente por el patio trasero. No tardé mucho. Todo parecía igual. Las dos sillas de plástico en las que nunca nos sentábamos. Las malas hierbas que se abrían paso entre las losas de hormigón. Y al fondo, el gran sauce llorón que daba sombra a nuestra casa.

Yo también lloraría si tuviera ese aspecto.

Su tronco gris estaba medio ahogado por brotes peludos de vegetación de un color rojo vivo que parecían forúnculos. Las ramas se arrastraban sobre el hormigón como si tuviera la cabeza agachada a causa de una gran tristeza. Hasta las hojas eran feas: negruzcas, marchitas y sin vida. La verdad es que el sauce no parecía tanto un okupa que creciera al fondo del jardín como un trol moribundo con una enfermedad cutánea. Mamá decía que estaba enfermo. Seguramente.

Pero ni rastro de la carta del señor Grittysnit. Estaba a punto de darla por perdida cuando me llamó la atención un aleteo al pie del sauce. De alguna manera se había quedado enganchada a una de las ramas marchitas. Pude distinguir las palabras «Cada alumno será evaluado» y uno de los dibujos de cerillas enganchado bajo un ramillete de hojas mustias. Me dio pena de la figurita. No eran las vacaciones de tu vida si te veías de pronto bajo un árbol enfermo en un jardín lleno de humedad.

—Me la llevo, muchas gracias.

Levanté la rama con cuidado, con miedo a contagiarme de su enfermedad, fuera la que fuera, y me incliné para recoger la carta.

¡FIUUUU! El aire recibió una descarga de energía eléctrica y vibró con una fuerza inusitada. Los sonidos del jardín se amplificaron hasta alcanzar un volumen insoportable. El susurro de las hojas muertas sobre mi cabeza se convirtió en un repiqueteo estruendoso. Una paloma zureó y sonó como una motosierra. Pero lo que más miedo daba eran los instantes de silencio entre un sonido y otro. Eran escalofriantes, fuertes e intensos.

Eran como...

ESTABA ESPÉRANDOTE.

Giré sobre mis talones. «¿Quién ha dicho eso?»

Mi corazón empezó a latir con tanta fuerza que apenas era capaz de oír otra cosa. Y sin embargo, no había nadie más en el patio trasero.

Un sudor frío me empapó la piel. Todo era real e irreal, demasiado ruidoso y demasiado mudo al mismo tiempo.

«Vamos, Iris, inspira, espira, despacio y con calma.» Logré tranquilizarme lo suficiente para intentar pensar. ¿Qué acababa de ocurrir? Solo me había inclinado para recoger aquella carta. ¿Me habría envenenado el sauce, habría enviado una enfermedad horrible a mi cerebro que había provocado que empezara a oír cosas raras? ¿O a lo mejor se me había bajado la sangre a la cabeza cuando me agaché? Quizá no había comido lo suficiente. Quizá debería entrar en la cocina e investigar cómo andábamos de bollos.

«Pero ¿qué es eso que se mueve a mis pies? ¿Ratas?»
¡Allí estaba de nuevo!

Sin embargo, al mirar a mi alrededor temblando de miedo, me di cuenta de que no había nada negro y en movimiento junto a mis pies.

El movimiento procedía de debajo de mis pies.
Como si hubiera... algo. Debajo del hormigón.
Girando.

Justo ahí debajo.

—¿Hola?

Mi voz sonó como la de un corderillo solitario balanceándose en la montaña.

—¿Hay alguien ahí?

Las ventanas de la casa me miraron sin inmutarse.

Mi estómago se estremeció.

«¡CORRE!», me dije. «¡YA!»

Logré dar un paso para apartarme del árbol cuando la losa que tenía bajo los pies empezó a moverse arriba y abajo, como si algo enterrado allí mismo estuviera intentando quitarse de encima el hormigón... o a mí.

«¿Es un terremoto?»

Abrí la boca para gritar, pero no fui capaz de emitir ningún sonido. Jadeando, volví a mirar al suelo. Como una ramita cuando se rompe, la losa que tenía bajo mis pies se partió en dos limpiamente. La grieta adquirió impulso y se extendió por todo el enlosado del patio, desde el sauce hasta la puerta de la cocina. Rompió todas las losas con tanta facilidad como un cuchillo caliente al hundirlo en la mantequilla, dejando detrás una estela de hormigón desmenuzado.

Fue en torno al sauce donde más daño causó. El hormigón que rodeaba el tronco se había desintegrado formando un círculo limpio de losas rotas. Parecía como si estuviera intentando sonreír con una boca llena de dientes quebrados. Se me empezó a formar un grito en la garganta, desesperado por salir, cuando vi algo encajado en la losa resquebrajada bajo mis pies.

Y no pude apartar la mirada.

CAPÍTULO 4

¿SABÉIS CUANDO JUGÁIS a encontrar huevos de Pascua y tenéis la corazonada de que va a haber uno en un lugar determinado antes de mirar? Tuve ese presentimiento. Como si alguien hubiera escondido un tesoro para que yo lo encontrara.

Y no solo eso, sino que llevaba ahí toda la vida. Esperándome.

Me sentí exhausta y muerta de miedo, tan agotada como un calcetín viejo que ha pasado demasiado tiempo en una centrifugadora. Pero me arrodillé y observé la losa de cerca. La cosa que había en la grieta era marrón y daba la impresión de ser de papel. Solo veía la parte superior, pero parecía una hoja.

Y eso era lo más curioso. Aunque la parte más sensata de mí estaba saltando incrédula –¿qué estaba haciendo, intentar rescatar una hoja que había caído ahí por azar cuando debería de estar dentro de casa para ponerme a cubierto del siguiente temblor?–, había otra parte que pensaba de modo diferente. Y esta última parecía estar

ganando la batalla de la voluntad, porque ahí estaba yo, sofocada, sudorosa y obsesionada por meter los dedos en una montaña de hormigón agrietado para sacar aquella cosa.

Y entonces resplandeció.

Me quedé mirándola. Me froté los ojos. Pero no... ya no resplandecía. Sin embargo, durante un instante parecía viva...

De repente, mis deberes dejaron de tener importancia. Y mi horario. Ni siquiera me importó que se me hubieran manchado los pantalones del uniforme. Me agaché ansiosa por sacarla. Pero mis manos eran demasiado gruesas y estaba encajada al menos a quince centímetros de profundidad. Las yemas de mis dedos escarbaron como locas, pero solo lograban tocar aire.

Corrí a la cocina, abrí un cajón a toda prisa y revolví en su interior con manos temblorosas. Lo que necesitaba era algo estrecho y afilado para hundirlo en la grieta y pescar lo que había dentro. ¿Pinzas de barbacoa? No, no cabrían por el hueco. ¿Una cucharilla larga para remover cócteles? ¡Eso sí podía servir!

Regresé corriendo, me arrodillé junto a la losa y metí la cucharilla por la grieta. Cabía perfectamente, pero era demasiado corta. El sentimiento de frustración me puso al borde de las lágrimas. No era capaz de explicar por qué estaba tomándomelo tan en serio. Parecía víctima de un encantamiento.